

Pasos en la Noche

Yesica Mabel Puerto

YESICA M. PUERTO

LAS CUATRO ESTACIONES

*Relatos, cuentos, y prosa poética
escritos durante el 2017*

"No hay casualidad sino destino. No se encuentra sino lo que se busca y se busca lo que existe en lo más profundo del corazón."

-Ernesto Sabato

Capítulo 1

Era una mañana helada, y oscura. El cielo estaba aún negro por la noche. Marion llevaba puesto un vestido negro y una mochila afelpada (antes de llegar cubierta de rocío a la cabaña). Ya no recordaba porque estaba con tanta urgencia de llegar, aparte del frío y la humedad. Se le habían embarrado los zapatos por la marcha rápida y por no mirar bien por donde pisaba. Le dolía muchísimo la muñeca como si hubiese hecho un mal esfuerzo. El aire que respiraba con tanta fuerza por el paso rápido le estaban lastimando los orificios de la nariz, le estaban enfriando sin piedad la garganta, pero aun así mantuvo el ritmo. Quería llegar a un lugar seguro y ese era el camino a su casa.

Una vez llegado entro presurosa, colando la llave en perfecta posición, en perfecto movimiento. Y la puerta se cerró detrás de ella, sumiéndola en la oscuridad. Y se quedó pensando mientras intentaba en una postura quieta adaptarse al calor natural del hogar mientras se llenaba de su mutismo ¿Qué día era? Era lunes ¿no? ¿estaba volviendo de un lugar o estaba llegando? ¿salió de su casa sin darse cuenta? Lo que no entendía era porque estaba volviendo tan pronto de mañana a su propia casa. No es que estaba yendo a la escuela. Estaba volviendo. Y el vestido y los zapatos no era la vestimenta que solía usar para ir a la escuela. Y no solo eso era extraño... ya de por sí, era no recordarlo.

Si fue así, no solo se olvidó la razón de salir, sino que también, se le paso el paraguas y algún buen abrigo ¿Acaso se quedó dormida para ir a la escuela y salió disparada a la parada de forma automática? Eso le dio un poco de miedo. Nunca le había pasado, empezó a sentir el escozor del calor en sus manos y se animó a moverse para prender la luz, pero estaba tan aturdida aun por el frío y el cansancio que le costó encontrar el interruptor.

Cuando lo encontró éste sonó con un clac abasteciendo la cálida luz sobre las maderas. Aun su casa estaba en silencio y en su estado original: tranquila y acogedoramente acalorada. Marion se sacó su mochila de felpudo y la dejó tirada al suelo mientras se desplomaba en el sofá, exhausta.

Movió su cabeza para atrás proyectando su mirada al techo, pero al siguiente segundo cerro sus ojos. Su cansancio era como si hubiese estado corriendo de forma abrupta, desesperante ¿Por qué no estaba recordando nada? ¿Cómo alguien puede olvidarse algo tan esencial como saber la razón de salir de la casa? A Marion se le presionó un poco el pecho ¿y si le paso algo en el trayecto de salida a la parada? Capaz se dio un golpe entre la corrida, y está teniendo un periodo de amnesia. La amnesia está, eso es claro. Pero recordaba quien era, recordaba que esa

era su casa, y que sus papás están durmiendo. Y que era lunes por la madrugada. "Así que es una amnesia chiquitita", pensó. La situación de su memoria le alarmó lo suficiente como para pensar en cómo les diría a sus padres semejante cosa. Cuando concientizaba la idea de decir, "mamá... salí de casa y algo paso, volví corriendo, pero no me acuerdo de qué", le daba un escozor de miedo en el pecho que las lágrimas amenazaban por salir. Tomó su mochila de felpudo del suelo y noto que en un costado estaba manchado con un rastro de sangre, frunció el entrecejo, y de inercia, quedo mirando a la nada intentando escarbar en un hoyo negro sin forma en su mente. Lo último que podía recordar era despertar de su cama y apagar la alarma del reloj... el resto nada, estaba tan oscuro como la inmensidad de la noche sobre ella. Incluso el trayecto de vuelta en el que se "despertó", hasta su casa, le parecía ya un mal sueño.

Crrcrakcrak

Tronó el sonido de madera de la puerta abriéndose y llevando su mirada hasta ahí estaba alguien mirándola fijamente. Era su hermano empapado de sangre, y sus ojos obsesivos, y los ojos de confusión de Marion se encontraron, y desencontraron al mismo tiempo.

Sonó súbitamente el reloj de mesa. Si había algo que a Marion le molestaba era despertar de forma sobresaltada. Se levantó pesada de la cama, y mirando la ventana escarchada previo que iba a ser frío. Lo hermoso de estar en una casa de madera es que uno no siente esas crueldades de la naturaleza. Era tempranísimo. Aún era de noche. Ni siquiera eran las 5, pero se dispuso a madrugar, trabajo un par de estiramientos bajo la luz de la mesita de noche, mientras repasaba mentalmente por la novela de la materia de lengua por la que le iban a preguntar. Se fue al baño, se cepillo los dientes, volvió a su cuarto y empezó a regocijarse cuchicheando un par de bolsas. Se puso un bonito vestido que le compro su madre el fin de semana, y se probó unos zapatos, eso iba a usar ese día para Benjamín que la había invitado a salir a la tarde. Y antes de probar que abrigo quedaba mejor con el vestido fue a la cocina para hacerse un té verde con jengibre. Sus pasos en la noche se intercalaron con otros pasos que no debían estar. No transcurrió un par de segundos más que sintió un ruido sordo como un golpe duro contra el suelo. Y quedo expectativa de escuchar algo más: se supone que sus padres estaban dormidos. Avanzó unos pasos hacia la sala, y escuchó una especie de aullido y grito ahogado, y se le congelo el corazón. Sus ojos redondos como planetas quedaron mirando por el pasillo oscuro. Mientras pensaba en posibilidades. La tele no era, no tenía tanta calidad de sonido, para que se escuchara de esa manera. O sus padres estaban teniendo una pelea horripilante de esas que hay que intervenir... o alguien había entrado a la casa.

La segunda posibilidad era peor, y Marion no supo exactamente qué hacer. Pero era peor quedarse ahí a la espera de otro ruido desgarrador. Así que solo se balanceó a la habitación de sus padres. Tan solo si quiera para encontrarse con algo que apenas iba a poder entender.

Su hermano Tomas había matado a sus padres a hachazos. Había pedazos de carne como si fueran pedacitos de asado crudo esparcido entre la cama matrimonial y el suelo. Y su rostro era de un libido violento y desproporcionado. Los ojos fijos de él la miraban sin reconocerla eran inhumanos. Era el espíritu de un monstruo en el rostro de su hermano. El chillido de la pava era exactamente igual de agudo como el de su despertador pensó y su cerebro dejó de funcionar, y Marion quedó muda. Muda como ahora en el sofá. Y los ojos se superponían, y la carne se superponía, y la sangre y el rocío del cielo de la noche se superponía.

- Creo que la mente te jugó en contra_ sentenció su hermano al verla en el sofá.

Y ahora Marion se daba cuenta porque el dolor de sus piernas y el instinto de urgencia le habían exigido huir.